

Tatiana M. Alonzo



 NovaCasa | *Zelá*

Escribe tu final feliz

Josué 1:9

*Para Vanesa, la mejor amiga
y apoyo que puede existir.*

Índice

CAPÍTULO 1		15
CAPÍTULO 2		25
CAPÍTULO 3		33
CAPÍTULO 4		43
CAPÍTULO 5		51
CAPÍTULO 6		61
CAPÍTULO 7		67
CAPÍTULO 8		73
CAPÍTULO 9		79
CAPÍTULO 10		89
CAPÍTULO 11		99
CAPÍTULO 12		111
CAPÍTULO 13		117
CAPÍTULO 14		129
CAPÍTULO 15		145
CAPÍTULO 16		151
CAPÍTULO 17		161
CAPÍTULO 18		173

CAPÍTULO 19	183
CAPÍTULO 20	195
CAPÍTULO 21	203
CAPÍTULO 22	213
CAPÍTULO 23	223
CAPÍTULO 24	233
CALAMITY VANESA MODE OFF	241
CALAMITY VANESA MODE OFF	243
CALAMITY VANESA MODE OFF	245
CAPÍTULO 25	247
CAPÍTULO 26	251
CAPÍTULO 27	255
CAPÍTULO 28	265
CAPÍTULO 29	273
CAPÍTULO 30	287
CAPÍTULO 31	301
CAPÍTULO 32	317
CAPÍTULO 33	327
CAPÍTULO 34	341
CAPÍTULO 35	347
CAPÍTULO 36	355

CAPÍTULO 37	363
CAPÍTULO 38	371
CAPÍTULO 39	379
CAPÍTULO 40	393
CAPÍTULO 41	399
CAPÍTULO 42	409
CAPÍTULO 43	421
CAPÍTULO 44	429
CAPÍTULO 45	439
CAPÍTULO 46	443
CAPÍTULO 47	453
CAPÍTULO 48	469
CAPÍTULO 49	477
CAPÍTULO 50	487
CAPÍTULO 51	495
CAPÍTULO 52	503
CAPÍTULO 53	511
ESCENA EXTRA	519
ESCENA EXTRA	527
ESCENA EXTRA	535

Prefacio

19 de diciembre de 2015

Soy, por así decirlo, una escritora novel, *muy* novel. Hasta ahora solo he escrito *fanfics* en la red social Wattpad y estados jocosos en Facebook, pero hoy se me ocurrió hacer algo diferente.

Escribiré una novela erótica sobre mi jefe y yo; o, por decirlo de otra manera, descargaré en una novela la frustración que siento al saberme poco importante para Marco Maldonado, mi jefe.

Al menos en un relato ficticio nuestra relación sí será como yo quisiera.



Mamá tiene la loca idea de que si empiezas el día escuchando *I'm alive* de Céline Dion todo estará bien hasta que vuelvas a la cama, y, por lo mismo, no hay día en el que no nos despierte con ella.

*When you call on me
When I hear you breathe
I get wings to fly...
I feel that I'm alive*

—¡Vanesa, la alarma! —grita de pie al otro lado de mi puerta. Aprovecho que estoy despierta para dar vuelta a mi almohada. «Nada mejor que el lado fresquito de la almohada».

—*I get wings to fly! God knows that I'm alive!* —Entra cantando en mi habitación. «Oh, Dios, otra vez olvidé cerrar con doble llave». Abro un ojo a tiempo para ver como agita sus brazos como si fuese un ángel vengador—. ¿Todavía no estás de pie? —pregunta sin tomar en cuenta lo obvio y me saca de encima el edredón—. Por eso siempre hay que dormirse temprano, amor. Eso es importante si quieres levantarte pronto e iniciar con alegría un nuevo día.

Juro que a veces comprendo por qué algunos hijos cometen parricidio.

Miro mi reloj.

—¡Me levanto a las cinco y media y son las cinco con veintiocho! —Me doy vuelta para continuar durmiendo.

«Nada mejor que el lado fresquito de la almohada», vuelvo a reflexionar dándome mentalmente palmaditas en la espalda. Aunque será imposible. Mamá no dejará de cantar y no saldrá de mi habitación hasta que yo ceda. ¿Quién me quiere comprar a esta mujer?

Mis padres se divorciaron cuando yo tenía un año y desde entonces mi vida se ha dividido entre dos polos opuestos. Porque el temperamento de papá lo asemejo a un manantial, mientras, por otro lado, mamá es un vendaval. Papá es invierno; mamá es verano. Papá es juicioso y prudente; mamá juega a cara o cruz antes de tomar una decisión. Papá trabaja para el gobierno; mamá es activista social. La ideología política de papá es ultra derecha; mamá es de izquierdas. La vida de papá parece estar narrada por Jane Austen mientras la de mamá es una comedia romántica de Adam Sandler; y así hasta el fin del mundo. Y yo, Vanesa Salcedo, estoy justo en medio.

—Te voy a preparar un batido de frutas —me advierte con una nalgadita cuando ya estoy de pie y hace su camino de regreso a la cocina.

«Batidos».

Sabe cuánto los odio. Papá simplemente me hubiera dado dinero para comprar lo que yo quisiera.

Esos dos son increíbles y cada vez que decido preguntarles de qué manera se alineó el universo para que, siendo tan diferentes, convivieran; o por qué, incluso, decidieron casarse el mismo día que se conocieron (no, no es broma) sus respuestas son:

Papá: Es complicado.

Mamá: Algo tendrá que ver con las toxinas.

Ella y yo vivimos solas en un pequeño apartamento situado en el centro de Ontiva. Abajo, en el primer piso de nuestro edi-

ficio, instaló una tienda de abarrotes¹ a la que llama Mi mundo verde porque todo lo que vende es vegano. Mamá es una *hippie* excéntrica, mientras que papá adora la barbacoa.

Pero ya no hablemos de mis padres. Debo decidir qué me pondré hoy.

Mi habitación no es la gran cosa. Soy propietaria de una cama pequeña, una cómoda saturada de libros y otras boberías y un armario repleto de ropa. Ropa. Por mi trabajo debo vestir lo mejor posible, pero mi bolsillo solo me permite llenar los cajones con cosas de segunda.

Al llegar a la cocina mamá mira con desaprobación mi vestuario. Y no porque sea feo o de baja estofa², lo reprueba por ser de fibras naturales.

—Una decena de animales debieron morir para que vistieras eso.

—Me lo regaló papá.

—Vanesa...

Decir eso fue peor.

Me apresuro a beber mi batido de papaya y kiwi, que es mejor que el de piña con fresa, o el de melón con apio, e intento salir con rapidez del apartamento. Ya voy tarde.

—Ve con cuidado —se despide, pidiendo en silencio al cosmos por la vaca que murió para que yo tuviera zapatos hoy.

Le lanzo un beso de «te juro que las vacas van al cielo», y continúo mi camino. Tengo que cruzar la mitad de la ciudad en colectivo³ para llegar a tiempo a Grupo M, la empresa para la que trabajo.

En el camino aprovecho para revisar mis notificaciones de Wattpad. Tengo más de noventa y nueve entre comentarios y votos en *Me voy a follar a mi jefe*, la novela inspirada en Marco y yo, o al menos eso creen mis lectores. «¡Un momento, paren

1 Negocio pequeño que ofrece productos de uso cotidiano.

2 Calidad, clase.

3 Autobús.

todo!», respingo en mi lugar al percatarme de que tengo diez seguidores más. Sonríe e intento celebrar con un pequeño baile, sin embargo, me detengo cuando la anciana que hay sentada a mi lado me mira con desaprobación. «Paciencia, señora. Tengo pocas alegrías en la vida, y que a las personas les gusten las tonterías que digo o escribo, es la mejor».

Saludo al portero del edificio y, rápido, estoy frente al elevador. Aprieto el botón del cuarto piso y entro.

Grupo M es una empresa de inversiones. Marco Maldonado, mi jefe, al igual que otros ejecutivos, se reúne con empresarios pequeños u otros que aspiran a crecer en algún mercado, y, si le convencen de que son rentables, invierte con ellos. En la empresa somos un centenar de personas, pero en su equipo de trabajo en particular hay consultores, analistas, mercadólogos, un relacionista público, secretarias, conserjes...

Y luego estoy yo, que le sirvo el café.

Llego a nuestro piso a las siete con un minuto y la entrada es a las siete y media. Tengo veintinueve minutos para preparar su despacho.

—Buenos días, Vane. —Doy un pequeño salto cuando escucho la voz de Gloria, la secretaria de Marco. Me sorprende porque siempre soy la primera en llegar.

—Ya estás aquí.

—Mi esposo me dio un aventón⁴.

Abro la boca en una «O».

—Después echaremos cháchara sobre él —prometo.

Gloria sabe que de momento debo preparar todo.

Nota: Gloria es mi única amiga en este lugar.

Corro de un lado al otro antes de que lleguen todos. El despacho de Marco ya está limpio y su agenda abierta en la fecha de hoy; ya rocié con olor a pino el lugar y en su escritorio ya están los periódicos del día abiertos en la sección de negocios.

4 La ayudó a llegar en su coche, pero no es lo usual.

Por último, no puede faltar un café americano acompañado con un vaso de agua.

Hacer todo eso es mi trabajo en Grupo M, además de ahuyentarle mujeres y familiares incómodos al jefe.

Son las siete con veinte cuando termino de acomodar su despacho.

—El jefe te extrañó ayer —dice Gloria cuando por fin tomo un respiro.

—¿En serio? —Mis ojos brillan.

—Sí. Puso cara de parto cuando probó el café que le preparé. ¿Todo salió bien con tu amiga?

—En parte. —Me encojo de hombros—. La tuvimos que encerrar en una alacena y después en su habitación.

Gloria esboza una mueca.

—¿No están exagerando?

—Eso debió decir algún mal amigo de la chica que el mes pasado murió en manos de su prometido —defiendo—. Sé que es extremo, pero necesito que Carolina...

—¿Y qué si tú hablas con ese tipo?

Gloria siempre me aconseja a mí y yo a ella.

—¿Yo?

—Merece el beneficio de la duda.

—Lo voy a pensar, aunque Carolina ya debe haber excavado un túnel para ir a buscarlo. No la subestimes tanto.

El ruido del elevador interrumpe nuestra conversación. Es Marco; como siempre, uno de los primeros en llegar.

Ni ha notado que respiramos el mismo aire, no obstante, yo sí estoy pendiente de cada paso que da. Por otro lado, mamá tiene razón cuando dice que la discografía de Céline Dion se puede adecuar a cualquier momento de la vida, porque justo en este momento en mi mente suena *The power of love*.

...Cause I am your lady, and you are my man...

Cabello rubio, piel de porcelana, un ojo color café y otro que a simple vista también lo parece, pero no, es gris oscuro

—este pequeño detalle pocos lo hemos notado—; Mandíbula cuadrada, barba, hombros anchos... Oh, Dios, ¡ya estoy hiperventilando! Un metro ochenta de estatura y su peso está dividido en músculos y testosterona.

«¿Cómo se respira?».

—Señor —lo saluda Gloria

—Buenos días, Gloria —responde él con su voz de narrador de audio-libros, aunque en ningún momento despega los ojos del móvil.

Mientras, yo espero de pie junto a ella, por si a Marco se le ofrece algo.

—Buenos días, señor. Quería... —titubeo— disculparme por marcharme ayer sin avisarle.

Marco me mira sin comprender.

—¿Te marchaste ayer?

No se dio cuenta. La desilusión me invade. La patada de un espartano me hubiera dolido menos.

Después de mirarme se entretiene otra vez con su teléfono.

—Sí. Tuve que... —Ni siquiera me pone atención—. Bueno, ya no importa.

—Gloria, comunícame con Óscar —pide y continúa el camino hacia su despacho.

—Sí, señor.

—Ah, Vanesa. —Se detiene un segundo para dirigirse otra vez a mí y mis ojos brillan de nuevo.

—¿Sí?

—Pídele al encargado de Mantenimiento que acondicione un escritorio junto al de Gloria.

—Claro.

Siento un pequeño agujero en el estómago. ¿Un nuevo escritorio? Yo no tengo uno.

Luego de que Marco entra a su despacho ocupo el asiento vacío junto a Gloria, pues tiene la amabilidad de compartir su escritorio conmigo.

—Sí notó tu ausencia —dice para levantarme el ánimo—. Mira, esta cara puso cuando probó el café que le preparé. —Entonces hace una mueca graciosa.

Sonríó. Aunque mi sonrisa no disiente mucho de un gesto de tristeza.

—Me podría ausentar una semana y no se daría cuenta.

—Él tal vez no. —Gloria arquea una ceja—, pero no retes al jefe de Recursos humanos.

Lleva la razón ahí.

—¿Para qué querrá un nuevo escritorio?

—¿Para qué? ¿No es obvio? —Sonríe—. Por fin notó que no tienes uno.

Puede que Gloria lleve la razón, pero tengo mis dudas. Llámeme intuición, pero sospecho que hay algo más.

El resto de nuestros compañeros de trabajo entra en grupo o en parejas antes de que el reloj marque las siete y media.

—Por fin alguien tendrá su propio escritorio —me felicita Sofía, una analista, cuando ve al encargado instalar un lugar nuevo.

En este piso de Grupo M trabajan una veintena de personas, todos acomodados en cubículos. Todos excepto Marco, que por ser el jefe tiene despacho. Por lo demás, por el tipo de lugar en el que estamos, usualmente *todos* estamos pendientes de lo que hace el resto. Aquí no hay mucha privacidad.

—Creo que al fin se dio cuenta de que necesito uno —digo a Sofía.

—Sigue así y en unos meses por fin te asignará un cubículo. —Me guiña un ojo.

Sé que ella y los demás que empiezan a bromear con ese tema lo hacen de buena manera porque soy la única sin un lugar fijo aquí; sin embargo, en parte, saberme tan poco importante para Marco me lastima.

Gloria es la única que comprende mi tristeza y cada vez que tiene un momento libre me ofrece apoyo moral... aunque también me felicita porque al fin tendré un lugar fijo.



El elevador se vuelve a abrir a las ocho de la mañana. A todos nos parece extraño porque Marco no hace pasar a nadie hasta las ocho y media. Pero quien está llegando es una mujer. ¡Más que eso! Es el clon de Adriana Lima y entra a nuestro territorio sintiéndose la emperatriz de Chanel, y además huele a... «Oh, no, Dios». Perfume *Rock'n Rose Couture* de Valentino.

De inmediato busco mi móvil para contarle a Carolina, pero al instante recuerdo que la encerré. «Mierda». Karma le llaman.

Los demás también miran a la mujer de arriba abajo, pero ella no mira el piso por nadie y viene directa hacia...

—Señorita, no puede entrar sin que yo avise antes.

Gloria intenta detenerla cuando la ve aproximarse hacia la puerta de Marco, sin embargo, la tipa le sacude su larga cabellera en la cara y entra sin avisar. En tanto yo termino de ayudar al de Mantenimiento a acondicionar el nuevo espacio de trabajo.

—¿Qué se cree? —bufa Diana, otra de las consultoras, sacando la cabeza desde su cubículo.

—Igual no cree que el jefe la eche —dice Mateo, el conserje—. ¿Vieron esas piernas? Así le gustan.

Me encojo de hombros una vez más. ¿Qué hace aquí la señorita perfume *Rock'n Rose Couture* de Valentino? «¿Como si no lo supieras, Vanesa!», me regaño. ¿Por qué me tuve que enamorar de un hombre atractivo? Si fuera feo sería solo mío.

Siento el toque de alguien en mi hombro.

—Tienes que entrar a preguntarle si quiere algo de tomar —me recuerda Gloria.

Niego con la cabeza.

—Vanesa...

«De acuerdo». Me armo de valor y me dirijo al despacho de Marco.

Ahí están, de pie uno frente al otro. Ella le está susurrando algo al oído y él sonríe. «Se lo ganó, escupiré en lo que sea que pida para beber».

—Entraste sin tocar antes, Vanesa —me recuerda con molestia Marco, sin quitarle los ojos de encima a ella.

«Mierda».

—Yo... —Fueron los nervios... O tal vez los celos. Cambio mi peso de un pie al otro, arrepintiéndome de haberme puesto tacones altos en lugar de botas.

—¿Quieres algo de tomar, Nicole? —le pregunta, adoptando esta vez un tono caballeroso.

—¿Hay agua con gas? —inquiére ella con una sonrisa de: «Mírame y mírate».

«Sí, maldita jirafa, no soy tu competencia».

—Sí —respondo con un ligero dolor en la mandíbula.

—Pues eso quiero.

Me apresuro a buscar el agua con gas en el pequeño bar que tiene Marco dentro de su despacho. «Escupir o no escupir dentro del vaso, he ahí el dilema». Pero no, al final no me atrevo; mi ética y mi respeto hacia él no me lo permiten.

«Pero te lo merecías, perra».

Huyo en cuanto se lo entrego.

¿Por qué la traje? ¿Para qué?

¿Cómo pinta esta situación para mí y cómo influirá en la trama de la novela que escribo sobre Marco y yo?



E spero al lado del escritorio de Gloria temiendo ver qué me deparará el destino. ¿Estará muy interesado Marco en Nicolasa? «No, él no es de relaciones duraderas». Aquí la pregunta es qué tanto está dispuesta a soportar Nicolasa y si se aferrará o no a él.

Media hora después salen juntos del despacho. Los recibo con una sonrisa triste. Sonrisa que él pasa por alto, como es costumbre.

«Soy invisible para ti».

—Atención todos —nos llama y dejamos a un lado lo que hacemos para ponerle atención al jefe—. Les quiero presentar a Nicole Govea. Hace poco empezó a impulsar su propia empresa, pero hizo un espacio en su agenda para trabajar con nosotros.

«¡¿Qué?!».

—Buenos días. —Saluda a todos con una sonrisita de «tengo el ego hasta las nubes».

—Ella me estará asistiendo en todo lo que haga, así que para cualquier duda o consulta que tengan para mí, acérquense también a ella. Su lugar de trabajo estará a la par del de Gloria.

«¡¿Qué?!». No puedo mirarlo más. Vuelvo los ojos hacia un punto lejano. Llevo suficiente tiempo en Grupo M como para merecer un escritorio propio. «¡Prefiere a Nicole!».

«¡Obvio que la prefiere a ella, tú no eres nadie, Vanesa!», me regaño.

Al terminar la ridícula presentación, Marco regresa a su despacho. El siguiente café que beberá estará frío. Es una promesa.

—¿No puedes conseguirme otra silla? —me pregunta la jirafa observándola con desagrado, que, además, es igual que la mía—. Esta parece de secretaria y yo soy ejecutiva.

Escucharle menospreciar a una secretaria molesta a Gloria:

—Vanessa es asistente del señor Maldonado, no tuya. Consigue tú tu propia silla.

Nicole arquea una ceja en dirección a Gloria.

—Al parecer le tendré que dar la primera queja a Marco.

—No es necesario —intervengo, alejándome—. Veré si encuentro alguna.

No me importa ir a por la silla. Prefiero eso a respirar el mismo aire que Nicole.



Nicole no es insoportable, es lo que le sigue a eso. Durante el día lo único que hace es quejarse y solicitar esto y lo otro a todos. A *todos*. También insinuó que le pedirá a Marco asignarle una oficina, lo que en realidad sería una alegría para nosotros, pues no es necesaria en el área de cubículos.

Y yo, además de atenderla a ella, corro de un lado a otro para cumplir las solicitudes de Marco, que hoy, para empeorar todo, se mostró aún más distante conmigo. Actitud que no debe extrañarme, no obstante, algunas veces, *solo* algunas, no es frío.

No lo es, por ejemplo, cuando me pide arreglarle situaciones engorrosas con su familia o con alguna chica con la que sale. Para eso se toma su tiempo.

Y me confunde.

Y me distrae.

Mas no debo olvidar que para él soy necesaria, pero no importante.

—Señor, disculpe... —lo llamo a la hora de la salida. Él camina hacia el elevador.

Nicole también se pone de pie, lo que me ayuda a advertir que se marcharán juntos. Y duele, maldita sea. Duele.

—Dime —responde volviendo sobre sus pasos.

«¿Estás saliendo con ella?».

«¡No, eso no!».

Trago saliva.

—¿Me podría dar el número de teléfono de Daniel Saviñón? Eso, en definitiva, capta su atención.

—¿Daniel Saviñón?

Coloco un mechón de cabello detrás de mi oreja.

—Dijo que es su amigo.

¿Por qué se muestra desconcertado? ¿Daniel me mintió y no lo conoce?

Como quiere salir con Carolina debo averiguar más.

—Sí, pero no creo que...

—Si quiere puede decirle que es para mí. Digo, si pudiera llamarlo... Por favor.

Marco me da otra mirada de «¿qué rayos?», pero empieza a buscar en su teléfono.

—Vámonos ya, cariño —le dice Nicole.

—No estoy seguro de que vaya a responder —responde, ignorándola. «¡Está llamándolo!». Esperamos—. ¿Daniel? Soy Marco. Marco Maldonado. —Su expresión se suaviza cuando Daniel es amable—. Bien. Te llamé hace... ¿qué? Dos meses... Ajá. ¿En serio? Enhorabuena. Tal vez nos podemos reunir pronto... Sí, yo también. Háblale a Armando y a Arturo. Sí... Sí...

No sé quién de las dos se muestra más ansiosa, Nicole, que quiere marcharse ya... o yo, que temo que Daniel le hable de mi novela. No lo consideraré antes y es que Marco se está tomando su tiempo para hablar con él, incluso ríe.

«Quizá Daniel no le dirá nada».

—Sí... Sí... Oye, qué buena idea. No te lo vas a creer, pero con Ivanna Rojo también lo platicamos... Perfecto. ¿Aquí conmigo o en tu oficina? Sí. Tú dime cuándo...

«¿Tú dime cuándo?». Todos deben acomodarse a la agenda de Marco Maldonado, no al contrario. Daniel sí debe ser un buen amigo suyo.

—Perfecto, le diré a mi secretaria... Sí. Gracias por contestar.

Le hago un gesto con la mano para que no se olvide del propósito de la llamada.

—Ah, sí, oye. —Su expresión vuelve a tensarse—. Mi asistente me está pidiendo tu número de teléfono. ¿De dónde diantres la conoces? Sí, Vanesa. —Su boca se abre ligeramente al escuchar que Daniel sí sabe quién soy—. Ajá. No sé si creerte... De acuerdo.

Marco me ofrece el teléfono sin apartar de su rostro la expresión de: «¿qué rayos?».

Tomo el teléfono.

—¿Daniel? —pregunto, nerviosa.

—*Podemos negociar.*

Me pongo en alerta.

—¿De qué manera? Oye, ¿si no te la entrego le dirás a *ya sabes quién*. —Miro a Marco con cara de *no me mates*— ya sabes qué?

Mi jefe cruza los brazos sobre su pecho y si no estuviera nerviosa por la llamada me tomaría mi tiempo para babear sobre sus zapatos, porque se ve sexi cuando luce pensativo. Debe de estar preguntándose por qué conozco a Daniel.

—*No. Prometí no hacer eso* —dice este.

—Bien.

—*Puedo... no sé... ¿Qué tipo de teléfono tienes?* —Por su tono de voz asumo que está sonriendo—. *¿Quieres un iPhone de última generación?*

Ahora yo intento cruzarme de brazos.

—¿Estás insinuando que soy capaz de facilitarte las cosas con mi mejor amiga a cambio de que me regales un iPhone?

Esto último sí que desconcierta a Marco. Nicole, por otro lado, aún quiere marcharse.

—*De acuerdo, no.* —Ahora Daniel se escucha preocupado. Quiero pensar que sí quiere bien a Carolina—. *Dime qué quieres de mí.*

—Referencias.

—¿Referencias? Bien. Ahí tienes a Marco.

Le doy toda mi atención a mi jefe.

—¿Tienes buenas referencias de Daniel Saviñón?

—Sí —responde, aún sin comprender.

—Pregúntale qué tipo de estudiante era en la Universidad.

—¿Qué tipo de estudiante era en la Universidad?

—El sabelotodo —ríe Marco—. El que prefería jugar al ajedrez en lugar de salir con nosotros.

—Interesante —digo a Daniel, que también escucha atento la respuesta.

Y para mí suena más que bien.

Marco balbucea.

—Vanessa, ¿qué est...?

No dejo que termine su pregunta y otra vez devuelvo toda mi atención al teléfono en mi mano.

—Accederé, pero te advierto que estarás bajo mi estricta vigilancia las próximas semanas. Y en parte acepto porque alguien de mi confianza. —Miro de reojo a mi jefe— al parecer te conoce bien.

—De acuerdo. Ahora convence a Carolina de que hable conmigo.

«Pero si ella quiere hablar contigo». Pongo los ojos en blanco.

—Dame tu número de teléfono —pido.

—Claro.

Entonces anoto en el mío el número que me indica.

—En dos horas estaré con ella. Llámame entonces.

Escucho un ligero jadeo de alivio por parte de Daniel.

—Gracias, Vanessa.

—Sí. Sí... Oye, ¿iba en serio lo del iPhone? —Me rasco la barbilla.

Ahora lo escucho reír. Tiene una risa bonita, pero no la elogiaré en voz alta hasta que me convenza de que quiere bien a Carolina.

—Sí. Yo te lo hago llegar.

Sonrí de oreja a oreja y al colgar miro a Marco. Nicole está jalándole del brazo:

—¿Por qué le prestas tu teléfono a tu asistente?

Entonces le devuelvo el teléfono.

—Gracias —digo con timidez porque quizá hablé demasiado tiempo con Daniel.

Marco quiere decirme algo más, sin embargo, la señorita con hedor a *Rock'n Rose Couture* de Valentino lo arrastra fuera con ella. Me pregunto a dónde irán.

«No pienses en eso, Vanesa».



De camino a casa de Carolina entro en mi cuenta de Wattpad para actualizar mi novela.

Valentina, como siempre, ya esperaba puntual a Carlo en la oficina. Él se encrespó en cuanto la vio.

—Valentina, ¿por qué te fuiste temprano ayer? —le reclamó.

—No pensé que notarías que no estaba —respondió con timidez.

Carlo la cogió entre sus brazos, dejando a un lado su teléfono para prestarle toda su atención.

—¿Cómo no me voy a dar cuenta? —dijo, besándole tiernamente los labios—. Si eres lo más importante para mí.

—Carlo, no deberíamos hacer esto fuera de tu oficina —contesta Valentina—. En cualquier momento puede entrar a alguien y...

Pero la calla con un beso.

—No me importa. Si lo sabe Dios que lo sepa el mundo, Val. Te amo.

Media hora después, a Grupo A llegó una vieja obesa y bajita, muy bajita, aunque con actitud muy prepotente. Esto último fue obvio cuando entró sin avisar a la oficina de Carlo.

Valentina, sentada en su cómodo escritorio, escuchó quejarse a Carlo, por lo que también entró a su oficina.

—¡No! —Le estaba protestando Carlo a la vieja fea y bajita, muy bajita—. ¡Yo amo a Valentina, aléjate de mí!

—Pero Carlo —dijo la otra—. Tú y yo tenemos algo.

En ese momento Carlo se dio cuenta de que Valentina estaba de pie en la puerta.

—¿Algo tú y yo? —dijo, mirando a la hermosa Valentina—. Yo no tengo ojos para nadie más que para mi bella asistente. Anda, sírvele un poco de agua, pero sin gas, que ella no tiene nada que aparentar.

Valentina y Carlo se tomaron de las manos.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó ella.

—Nicolasa, y va a trabajar aquí a partir de hoy, pero no hablemos de ella. No es importante.

Después de que Nicolasa salió de la oficina, Carlo y Valentina se besaron de nuevo.



Cada noche, si no estoy en mi cama escribiendo, estoy en el viejo sofá de la sala con mamá viendo la televisión. Desde hace mucho solo somos ella y yo, por lo que nos fue fácil adaptarnos a lo distintas que somos.

—¡Eso es injusto! —gruñe al ver a un grupo de zombis atacar en grupo a una mujer—. ¡Son diez contra una!

—Se supone que los zombis no tienen conciencia —gruño—, solo quieren comer.

A mamá no le gusta ver nada que incluya armas, sangre, muertes... Lo que al resto de seres humanos normales nos gusta ver.

—Deberían ser más considerados y sacar primero a la mujer embarazada —regaña.

Desde el episodio uno me arrepentí de mostrar *The Walking Dead* a mamá, sin embargo, como a pesar de sus quejas se enganchó, me toca soportar sus «¡No, el caballo, no!», «están de un lado a otro y esos niños no han comido», «¡no quiero imaginar la factura ambiental de esto», o «¿soy yo o discriminan demasiado a ese asiático? Vanesa, mira en Twitter si solo yo pienso eso». Pero qué importa. En parte me divierte escuchar su voz en *off*.

—Ponle pausa —suplica saltando del sofá—. Iré a por más palomitas.

—Apúrate —la molesto—. Daryl y Rick no podrán salvar el mundo sin tus recomendaciones veganas.

Mamá me dedica un «ja, ja» y se escabulle en la cocina mientras reviso si tengo algún mensaje. Nada, ni siquiera un cobrador. Tendría alguno de Carolina si no estuviera entretenida con «Don me debe un iPhone». De todos modos, estoy por guardar el móvil cuando recibo uno.

—¿Es Carolina? —pregunta desde la cocina al escuchar el aviso—. Dile que el viernes iré a la librería.

Miro de quién se trata.

—No, no es «Carolina desde que tengo novio ignoro a mi mejor y única amiga» —lloriqueo—, es Marco.

—¿Marco? —Su tono cambia a «cuéntame todo», pero la ignoro. Cuanto menos sepa de lo que siento por él, mejor.

Como ya mencioné, parte de mis atribuciones como asistente es socorrerlo cuando está metido en alguna situación engorrosa. En ese momento me convierto en su ángel de la guarda.

Solo en ese momento.

Marco: ¡3312!

Esa es la señal. No fue fácil que accediera a utilizarla, no obstante, le dije que esa era la manera más eficaz que me mostró Disney para pedir auxilio.

Vanesa: ¿Mjm?

Al instante me envía una captura de pantalla. Ahora debo analizar la situación.

«Veamos».

1. Enemigo a tratar: Señorita *me gusta la playita*.
2. Problema: Marco no la ha llamado en todo el día y ya le amenazó con cortar el pene.

Ya veo el porqué de su desesperación.

Marco: Hemos ido en declive desde que ALGUIEN olvidó que no debía pasarme llamadas de mamá, y, en consecuencia, tuve que pasar las fiestas de fin de año en casa.

Pongo los ojos en blanco.

Vanessa: Ya le expliqué que no fue mi intención :c ¿Qué hacemos? ¿Se quiere deshacer de ella?

Marco: Mmm

De ese «Mmm» depende de si dormiré tranquila o no esta noche.

Marco: Sí, pero no todavía. Antes necesito que su empresa firme unos papeles para Grupo M.

En los negocios se vale todo, supongo.

Como sea, sonrío. Señorita *me gusta la playita* está a punto de pasar a la historia junto con señorita *préstame tu tarjeta de crédito*, señorita *nalgas espectaculares como las de Kim Kardashian* y señorita *me pego a ti como una garrapata*, entre otros especímenes.

Vanessa : Bien. Escríbele...

Pongo mi imaginación a volar.

Vanessa: «Stephania, cariño, ¿por qué te empeñas en arruinar mi sorpresa? ¿Cortarme el pene? Sabes que no harías eso porque ambos lo necesitamos ;)». Envíale eso.

Marco: ¿Sorpresa?

Vanessa: Tú escribe eso.

Espero.

«No debería tutear a Marco durante este tipo de situaciones», me debato. En cualquier caso, él me confunde al hablar-me de forma accesible.

Marco: Me pregunta qué sorpresa...

Vanesa: «Tengo dos entradas para el concierto de Sebastián Catalán ;) No te quería escribir hasta que me confirmaran que las obtendría. Nos vemos allí mañana».

Marco: Perfecto. En un concierto se mantendrá callada.

Exacto.

Vanesa: C:

Mamá está de vuelta en el sofá y ahora espera a que otra vez dé al *play* a *The Walking Dead*.

—¿Ya encontraste comprador para tus entradas de Sebastián Catalán?

—No, y si no las vendo tendré que comprarlas yo. —Suspira, triste.

Sé que el dinero servirá para una buena causa. Mi madre *hippie* siempre está apoyando movimientos del tipo: «Salvemos a los mapaches». ¿O era a los pandas?

—Tranquila, ya se las vendí a Marco. —Le guiño un ojo.

Mamá no cabe de la felicidad y me doy un par de palmatas imaginarias en la espalda. Soy especialista en matar dos pájaros de un tiro.

Marco: ¿Y quién es Sebastián Catalán?

Pensé que nunca iba a preguntarlo.

Vanesa: Canta música contemporánea c:

De protesta contra el maltrato animal y el rescate del medioambiente. Escondo una sonrisa. Marco me matará, pero al menos ayudé a mamá.

—Dale al *play* a *The Walking Dead* —me recuerda.

Lo hago mientras mi teléfono vuelve a sonar, anunciando que tengo otro mensaje. Esta vez sí es de Carolina.

Carolina: Todo va bien con Daniel ♥.♥

Vanessa: ¡Traidora!

Carolina: ¿QUÉ?

Vanessa: Que te quiero, amiga :3

Carolina: ...

No pongo atención al resto del episodio por pensar en Marco. ¿Qué tan ingenua soy si albergo la esperanza de que él me note un poco más? ¿Suena patético? ¿Qué tan patético? A veces pienso que continué almacenando ilusiones respecto a Marco porque eso es más fácil que conocer a alguien. Porque conocer a otra persona y entregarle tu corazón es un riesgo. Da miedo.

Por otro lado, que tu mejor amiga tenga novio, y tú no, puede llegar a ser deprimente. ¡Azúcar! Necesito azúcar. De modo que engullo una bolsa entera de malvaviscos antes de esconderme del resto del planeta Tierra.

—¿Vas a escribir? —me pregunta mamá, también preparándose para ir a la cama. Es más adicta que yo a la televisión, aunque no lo admita.

—Hasta tarde, así que no me interrumpas, porque si algún día gano un premio Nobel tú serás la más beneficiada.

Niega con la cabeza.

—¿Te pongo música de Céline?

—No. —Pero antes de que diga algo más, ya comenzó a tararear *All by myself*.

Sin duda esta mujer quiere que me suicide. ¿Cómo le tarareo *All by myself* a una mujer deprimida?

En la habitación tomo de mi mesa de noche la *tablet* y me la llevo a la cama. De camino a casa de Carolina actualicé mi novela, pero el capítulo lo escribí estando molesta por la invasión de Nicolasa, por lo que mis lectores pudieron haberlo sentido raro.

Entro en mi cuenta de Wattpad y reviso los comentarios.

«¿Nicolasa es un elfo?».

—No, es una maldita jirafa —gruño para mí.

«¡Quiero más sexo entre Carlo y Valentina!».

—Sí, yo también. —Suspiro. Sexo con Marco, aunque sea ficticio.

«Creo que Nicolasa dará problemas».

—Yo también lo creo.

A la mayoría de mis lectores les intriga no saber qué rol jugará Nicolasa en mi historia, pero ni siquiera yo lo sé.

¿Por qué Marco la llevó a trabajar a Grupo M?

Uno por uno, vuelvo a revisar los capítulos que he escrito de *Me voy a follar a mi jefe*. De ocho, en seis hay sexo, pero como la emoción inicial ya pasó, considero que puedo intentar ser más romántica.

Capítulo 9

Valentina aún no puede creer que su vida esté cambiando tanto. De ser la empleada más ignorada de Grupo A, poco a poco, se ganó su lugar y ahora es la mano derecha del jefe; quien, además, es el hombre de sus sueños.

Ay, no, qué diabético me quedó eso. Borro lo último que escribí:

... quien, además, ahora le da su lugar.

Sí, eso quedó perfecto.

■ Vanesa...

Mierda. Otra vez me confundí. Borro «Vanesa» y escribo «Valentina».

Valentina ya no es necesaria solo cuando Carlo necesita un café o se mete en algún lío con la bruja ensiliconada de Estefi. Él incluso ha llegado a decir que no puede creer que hubiera esperado tanto tiempo para admitir lo valiosa que Valentina es para él.

Valentina está sentada en un sofá junto a su seria y crítica mamá, comiendo frutos secos y viendo documentales de History channel, cuando Carlo le envía un mensaje.

Carlo: Te extraño.

Antes de responder, Valentina piensa: «Tengo miedo de sentirme tan feliz. Siento que de pronto algo lo estropeará todo». Pero decide que será mejor enfocarse solo en lo que está sintiendo.

Valentina: Yo también, AMOR.

«Ay, no». Esto último también es demasiado diabético. Es culpa de mamá y Céline Dion.

—*All by myself* eh eh —tarareo.

Carlo: ¿Puedes creer que la bruja de Estefi me llamó hoy para preguntarme si quiero salir con ella?

Valentina: A veces me da pena ajena :c

Estoy en la mitad del capítulo cuando recibo otro mensaje de Marco. ¿En qué hotel lo abandonaron esta vez? Es raro que escriba tan tarde. A menos que...

Marco: Todo salió bn. Stephanie calmo

Vanesa: C:

Marco: A veces t envió mejes sin importar la hra o el lugar n el qu este... pensado debes interrumpir lo q sea que sts haciendo para venir a ayudarme..... Lo lamento. Trtt de encargarme de mí yo mismo.⁵

Leo tres veces el último. Marco jamás, *jamás*, había intentado ser deferente conmigo; aun así, tiene que ver con que está borracho.

Vanesa: ¿En qué bar está bebiendo, jefe? C:

Marco: En nino. Decir, estoy en un bar, pero nestoy BORAS. Consideras q amable contigo solo estando si.⁶

Vanesa: Claro que no, señor c: Y no se preocupe... me da gusto serle útil.

Me gusta no ser invisible para ti.

Marco: Demasiútil⁷, Vanesa. No podo vivir sin ti.

«No puedo vivir sin ti». Es cuando hace este tipo de comentarios que caigo más y más dentro de este abismo. Le tomo una captura de pantalla al último mensaje que envió y me recuerdo que mañana lo imprimiré para después colocarlo en mi pared junto a los otros tres:

5 A veces te envió mensajes sin importar la hora o el lugar en el que esté... pensándolo bien, debes interrumpir lo que sea que estés haciendo para venir a ayudarme... Lo lamento. Trataré de encargarme de mí yo mismo.

6 En ninguno. Es decir, estoy en un bar, pero no estoy borracho. ¿Consideras que sería amable contigo solo estando borracho?

7 Demasiado útil.

13 de abril de 2015

A partir de hoy solo tú vas a preparar mi café. Al resto del personal le queda NEFASTO.

2 de noviembre de 2015

Gloria mencionó que hoy es tu cumpleaños. Felicitaciones.

31 de diciembre de 2015

Queilén dejarte Felizl nuevo, solo tu me has ayudado este ls tu jegzd.

Ese último también lo envié borracho. Se siente raro despertar sentimientos en él solo cuando está en estado etílico.

Pero ninguno había sido tan especial como el de hoy. «No puedo vivir sin ti». Pese a que debo recordarme que no debo ilusionarme.

Vanessa: Estoy segura que hay mejores asistentes, jefe :s

Marco: Claro qq no.

Vanessa: ¿En qué bar está, señor?

Marco: Casba. Qieres veeir?⁸

Sí, está borracho. De otra manera nunca...

Marco: Quiéen E Ma l jffdmgd akd tu

Vanessa: ¿Llamo a Gabo para que lo espere afuera?

Marco: Peor Hasta las once oleaje V

Vanessa: Está bien. Le diré que a las 11 entre por usted.

8 ¿Quieres venir?

Marco: Vanesa...

Vanesa: ¿Sí?

Marco: Estephani me está llamando.⁹

Vanesa: Escríbele "Estoy con mi mamá". Eso la detendrá.

Marco: Cierto, gracias. Bases es la mejor. No se lo borracho y de lo importante que eres.¹⁰

Marco siempre bebe después de que discute con su papá. El señor Maldonado no considera que su hijo menor esté dando la talla frente a Grupo M y siempre lo compara con su hermano mayor y otros ejecutivos.

Vanesa: Usted lo hace bien, jefe. Ya verá que pronto mejoraremos:

Nunca le he hablado a Marco de algo que no sea café, comida o mujeres, pero cuando siento que me necesita...

Marco: Gracias, Vane. Z.¹¹

«Cuídate mucho, por favor», escribo; aunque no lo envío. Mañana cuando esté sobrio lo leería con cara de póquer, de manera que solo llamo a Gabo, el taxista que siempre le auxilia.

■ Ojalá Valentina pudiera hacer más por Carlo...

Continúo escribiendo en mi novela.

9 Stephanie me está llamando.

10 Cierto. Gracias, eres la mejor. No sé lo borracho que estoy, pero sí lo importante que eres.

11 Gracias, Vane.



A la mañana siguiente, en la oficina, Marco sale del elevador llevando puesto lentes oscuros. Y por cómo intenta masajear sus sienes advierto que le duele la cabeza.

Me pongo de pie de inmediato. Acabo de terminar de acomodar su despacho como le gusta.

—Buenos días, señor. —Lo saludo, pero no me contesta. Actitud perfectamente normal en él. Me sorprendería si lo hiciera.

—Necesito un café —gruñe. Tiene resaca.

Lo sigo hasta su despacho.

—Ya está en tu escritorio, señor.

Cuando toma asiento le acerco más el café.

El protocolo con él es ambiguo. Al verlo tan joven me resulta difícil tratarlo con demasiada formalidad, por eso a veces lo tuteo. Lo trato de «usted» solo cuando recuerdo que debo hacerlo.

Marco bebe con tranquilidad su café mientras yo espero alguna otra indicación. Cambio el peso de mi cuerpo de un lado al otro. «Tal vez debería ir por pastillas para el dolor de cabeza. No me las ha pedido, pero...»

—Advil —pide, como había anticipado.

Busco en el botiquín que tiene en su despacho, pero dentro ya no hay muchas pastillas. Debo abastecerlo otra vez, aunque eso me tomará un par de horas. «Creo que tengo un par en mi

bolso». Cuando salgo a por ellas noto que Gloria y más compañeros ya llegaron.

—¿Todo salió bien con tu amiga? —me pregunta Gloria.

—Se quiere escapar con él —me apresuro a responder y busco en mi bolso.

—¿Cómo?

Encuentro las pastillas pronto.

—Al rato te cuento a detalle.

Gloria se sorprende al ver las Advil.

—¿Son para el jefe?

Me encojo de hombros.

—Anoche bebió.

—¡¿Otra vez?!

Miro de un lado a otro para advertir si alguien más escucha.

—Baja la voz. No es como si lo hiciera seguido.

—Al menos una vez al mes —contesta—. Empezó haciéndolo cada tres meses, después cada dos. Pronto lo veremos cada semana en ese bar.

—No. —Me resisto a creer—. Igual, es culpa de su papá.

—El jefe ya es responsable de sus propios actos, Vane.

Sin ánimo de querer seguir discutiendo con Gloria, regreso al despacho de Marco. Ya hay un vaso con agua en su escritorio, por lo que solo dejo las pastillas junto a este.

—Le quería pedir su autorización para dos cosas, señor.

Coloca ambas pastillas en su boca al mismo tiempo y, con un gesto, me indica que puedo hablar.

—Necesito abastecer de nuevo el botiquín.

Bebe las Advil antes de responder.

—De acuerdo. Utiliza la tarjeta para eso... y para pagar las entradas del concierto.

—Sí, señor.

—Lamento haberte molestado anoche —dice, serio.

—No se preocupe —respondo intentando restar importancia a lo que pasó—. Es mi trabajo.

Marco se frota los ojos.

—Igual no debería... Bueno, ya no importa. ¿Para qué más necesitas autorización?

—Bueno... Le quería pedir permiso para salir temprano hoy. El rostro de Marco se endurece.

—¿Otra vez? ¿No saliste temprano anteayer?

«Entonces sí se dio cuenta».

—Pensé que no se había dado cuenta —me atrevo a decir.

—Al principio no, pero luego recordé lo terrible que supo mi café esa tarde.

Sonríó feliz. «Al menos me necesita para eso».

Se saca los lentes oscuros y alcanza su periódico, ya abierto en la sección de finanzas.

—Me ofrecí a hacerle un favor a Daniel Saviñón —insisto en otro intento de convencerlo.

Porque tal vez si lo menciono, que es su amigo...

—Aún no me has dicho de dónde lo conoces. —De nuevo tengo un atisbo de su atención—. Daniel no es muy sociable.

No sé qué tanto puedo decir. Carolina no me ha autorizado a comentar.

—Es amigo de una amiga.

Marco no se conforma con esa respuesta.

—¿Están saliendo?

—¡No! —me apresuro a decir colocando un mechón de mi cabello detrás de mi oreja—. Nuestros negocios son... otros.

—Porque no voy a permitir que me quite a mi asistente —bromea.

Entreabro un poco la boca. ¿Marco bromeando conmigo? ¿Y además diciendo que no permitirá que nadie me aleje de él? Siento mis mejillas enrojecer.

Al instante devuelve su atención al periódico. Y eso fue todo.

«Vamos, Vanesa, tienes que aprender a diferenciar un halago profesional de algo más personal», me regaño en silencio.

—¿Algo más que necesite, señor?

Niega con la cabeza y sigue leyendo. No dijo sí o no al permiso. «Rayos». Le tendré que decir a Carolina que deberá arreglárselas sin mí. La idea me entristece porque sé que contaba conmigo.

—Vanesa —me llama cuando estoy por irme.

Miro sobre mi hombro.

—¿Sí?

—Sí puedes salir temprano hoy.

Siento alivio.

—Gracias, señor.

—Y... —Otra vez tengo un atisbo de su atención—. Hazme un favor. Cuando llegue Nicole dile que venga a mi despacho.

Mi sonrisa se borra al instante.

—Sí, señor.

Cuando regreso al escritorio que compartimos Gloria y yo, ella continúa dándome sus razones para sospechar que Marco está a punto de convertirse en un ebrio, pero me niego a creer eso.

—Mira que preferir estar en un bar que con su familia.

—Solo se lleva bien con su mamá.

—Peor todavía.

—Gloria... —Me siento en la silla a su lado.

—Y cada vez come menos. Ya van varias veces que te devuelve a medias la comida.

Es cierto.

Miro hacia el escritorio de Nicolasa. Son más de las siete y media y aún no llega, pero seguro que a ella no la regañan.

—¿Qué tienes? —me pregunta Gloria, preocupada por la tristeza que reflejo.

Cojo mi bolso para sacar la *tablet*.

—Nada.

—Te veo triste.

Gloria coloca una mano sobre mi hombro. Es una sucursal de mi madre en la oficina, aunque sin las bebidas que eliminan toxinas y las camisetas de Greenpeace.

En la *tablet* abro mi cuenta de Wattpad.

—¿Por qué Marco traería a Nicole a Grupo M? Nunca trae a sus conquistas a la oficina.

—Tal vez por eso. Puede que no sea una conquista. Tal vez sí es una inversionista. No la subestimemos. A lo mejor sí sabe trabajar.

Las dos miramos de reojo su cubículo vacío.

—Aunque la puntualidad no es una de sus virtudes —digo.

Pese a que Gloria intenta consolarme con algo de comida y más palabras de ánimo, siempre me hace sentir mejor fisgonear mi cuenta de Wattpad.

Capítulo 10

Un grito en su corazón le pedía a Valentía confiar en Carlo. Sin embargo, sabiendo ella tanto de su pasado, no podía evitar dudar. ¿Esta vez era solo ella o aún quedaban fantasmas de otras que vinieron antes que ella?

Niego con la cabeza.

—No debería hacer esto en horario de trabajo —me recuerdo en voz alta y guardo en un borrador lo que llevo del capítulo.

Tampoco debería correr a actualizar mi novela cada vez que me siento mal por algo que hace Marco.

—Espera, espera —dice Gloria con la cabeza sobre mi hombro—. ¿... o aún quedaban fantasmas de otras que vinieron a él antes que ella? —repito leyendo mi escrito.

«Oh, no».

—Gloria, espera... —Intento esconder la pantalla de la *tablet* de ella.

—Me voy a follar a mi jefe. —Lee el título—. ¿Lo escribiste tú?

—No, yo...

Creo que estoy por sufrir un ataque al miocardio, pero ella está sonriendo. «Bebé Jesús». Por más que intento apagar la *tablet*, ya leyó.

Ahora ella también sabe de mi novela.



En la cocina que tenemos en nuestro piso alcanzo un vaso y hago mi camino hacia el dispensador para servirme agua. «¡Sí seré idiota!». Carolina tiene razón, soy demasiado imprudente. A este paso hasta Barack Obama leerá mi novela. «Aunque sería genial que él leyera porque... No, no. Aterrizo, Vanesa», me regaño. Luego miro hacia el cubículo de Gloria. Tiene mi *tablet* en sus manos y lee todo, boquiabierto. Le abrí el capítulo uno de *Me voy a follar a mi jefe* y desde ahí hay sexo. «Santo Niño de Atocha...»

«Puedes confiar en Gloria», digo en mis adentros. Ya he hecho tratos con la diseñadora gráfica del piso de abajo y con el conserje de nuestro piso, porque también escriben novelas eróticas, y de momento ninguno ha intentado decirle algo a Marco.

«Todo saldrá bien».

Inhalo. Exhalo. Inhalo. Exhalo.

A continuación, para empeorar todo, Marco sale de su despacho con apariencia molesta, pero Gloria aún no se percató. «Mierda. Mierda. Mierda». Está demasiado concentrada en mi novela... y con él delante.

Me apresuro a acercarme.

—¿Dónde está? —pregunta, mirando, malhumorado, el lugar de Nicole.

—Aún no llega, señor —respondo con rapidez para que no se percate de lo distraída que está Gloria.

Marco mira su reloj.

—Faltan dos minutos para las ocho —se queja.

Porque la entrada es a las siete y media. Me encojo de hombros.

—Gloria, en cuanto llegue dile a Nicole que entre en mi despacho —ordena, pero ella continúa abstraída en mi historia—. ¿Gloria?

«Mi Dios misericordioso». En un nanosegundo me coloco junto a ella y le doy un puntapié para que reaccione. Marco no puede creer que deba repetirle algo.

Aun con la boca abierta, por fin levanta la cabeza para mirarle a los ojos.

—Gloria, ¿qué demonios te...?

Pero ella no espera a que Marco formule la pregunta, sus ojos van de la cara a la entrepierna de este y emite un sonido gutural que lo deja helado. «Santa virgen de los autores autopublicados». Me pregunto qué estará sintiendo al ver que su secretaria, que ya ronda los cuarenta años, mira, hambrienta, su entrepierna.

Intento conservar la calma, pero estoy roja como un tomate. «Mierda. Mierda. Mierda. ¡Gloria, concéntrate!».

Sin hacer más preguntas, Marco se vuelve hacia mí. «Mierda. Mierda. *Mierda*». En su cuello puedo entrever su inquietud.

—Que Nicole entre en mi despacho cuando venga —me indica, aunque con un tono de voz más pausado que el de costumbre.

Asiento y cuando se aleja me dejo caer en el asiento junto a Gloria, que otra vez está absorta en mi novela. Le tendré que quitar a la fuerza la *tablet* y obligarla a que lea el resto en un sótano.



Marco: veces siento qu en la oficina nadie repuesta...
Aún nnev a mi padre.¹²

Vanessa: No, señor. No es así. Le respetamos tanto
como a su padre.

Marco: escucho al de cómputo hablar mal. fe mi.¹³

Vanessa: ¿Charlie? No. No. Él habla mal de todo el mundo.
No solo de usted.

Marco: como?

Vanessa: Pero es porque es chismoso y cabeza dura.

Marco: kk voy a despedida.¹⁴

Vanessa: No. No. No. Es un buen trabajador.

12 A veces siento que en la oficina nadie me respeta, aún no me ven como mi padre.

13 Escucho al de cómputo hablar mal de mí.

14 Voy a despedirlo.

Marco: no nknko no es Histérica Y los loca necesito a alguien que ni mr moleste.¹⁷

Vanesa: Entonces podría llamar a su mamá.

Marco: llamare luego

Eso no me dejó más tranquila.

Vanesa: Señor, siento que ya estuvo bien por hoy. Llamaré a Gabo.

Marco: ya no quires hablar clnmkgo?¹⁸

Vanesa: Bien c: Pero me sentiré más tranquila cuando esté seguro en su apartamento.

Marco: solo a ti te importo.

Vanesa: No, jefe. Su familia también lo quiere mucho.

Marco: no mientas.

Vanesa: Su mamá me ha escrito, preocupada.

Marco: has dicho akvo??¹⁹

Vanesa: Nada que usted no me haya autorizado.

Sin importar si está de acuerdo o no, pues es por su bien, marco a Gabo.

—Gabo...

17 No, no. Una es histérica y las dos locas. Necesito a alguien que no me moleste.

18 ¿Ya no quieres hablar conmigo?

19 ¿Le has dicho algo?

—Quiúbole, güera, ¿cómo la beisbol?²⁰

Rasco mi cabeza.

—Gabo, necesito que vayas por Marco a Casbah.

—*Pero fui ayer.*

—Hoy también está allí.

A Gabo lo conozco porque mi madre es cliente frecuente de él. Ella me dio su número la primera vez que necesité que alguien fuera a recoger a un bar a Marco, pues el jefe se niega a depender de un chófer.

—*Ps, ¿qué pasó?*

—Tu pago no incluye derecho a preguntas —le recuerdo.

—Ora. *Qué delicada.*

—La situación anímica del señor Maldonado es privada. Pensé que eso ya había quedado claro.

—*Pero yo no soy chismoso, reina.*

Chasqueo la lengua:

—¿Entonces por qué preguntas?

—*Me preocupa el güero*²¹. *A veces lo veo tan mal que me quedo con él, ya sabes, para beber un par de cervezas un rato más. Es bien filosófico.*

—¿Cervezas? El jefe solo bebe *whisky*.

—*Pero al Gabo le dispara cervezas.*

—Oye, deja de sacarle dinero a Marco.

—*Pssss, si somos cuates*²². *Le puedo hablar bien de ti, si quieres.*

—Bueno, ya. Ve a Casbah y me llamas cuando Marco esté seguro en su apartamento.

—*Tampoco soy su niñera.*

—¡Acabas de decir que eres su *cuate*!

—*Su mero cuaderno.*

—Pues ya está. Ayúdalo por el aprecio que dices tenerle.

20 Hola, blanquita (saludo mexicano).

21 Rubio/blanco de piel.

22 Amigos íntimos.

—Pero mi jefecito siempre me aconsejó no mezclar los negocios con la amistad. You know.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya está, te voy a pagar... Siempre te pago.

—Ahora sí nos entendemos. En unos diez minutos estoy con el jefe. Pero que quede claro que lo haría, aunque no hubiera dinero de por medio. Haiga a saber qué sería del güero si yo no lo llevo.

—Sigue así y a la próxima busco otro taxista —lo amenazo.

—Psss. Hoy estás de mal humor, güera.

—Sí. Lo que sea.

Lo tolero solo porque mamá lo conoce de años atrás y no le confiaría un extraño a Marco. Me repito eso cada vez que siento ganas de patear a Gabo.

Vanesa: Señor, Gabo ya va para allá.

Marco: ok

Me dejo caer sobre la cama pensando en si Gloria tendrá razón en que ya se le está pasando la mano con la bebida. Últimamente se siente más tenso.



—¿Señor? —Lo saludo manteniendo la puerta entreabierta y él, con un gesto de aprobación, me permite entrar en su despacho—. Le traje pastillas —digo. Él tiene ambas manos sobre la cabeza, sosteniéndola como si temiera que se le rompiera. Me preocupa eso, y que desde su llegada me evita—. ¿Necesita otro café?

No me agrada ser ignorada por él, al menos no más de lo acostumbrado.

—Vanesa, lo lamento —dice, aún sin verme.

¿Por qué, si no es la primera vez que lidio con él estando ebrio? Aunque puede que su incomodidad se deba a que ya van dos veces seguidas.

—Está bien, jefe —respondo, sirviéndole más café.

—No, no está bien. Por Dios, el último mensaje que te envié fue a las dos y cuarto de la madrugada.

Dos horas después de que Gabo lo dejó en su apartamento.

—No estaba dormida... y me pareció divertido comentar *Rápido y furioso* con usted.

—Ya no me contestes —dice, esta vez mirándome—. Te hago esto porque eres la única que me pone atención cuando bebo... Solo... no lo hagas. No me contestes.

No podría hacer eso.

Se ve cansado, más de lo habitual. Pero aún guapo. *Muy* guapo. Pero no lo amo solo por eso. Es todo él. Marco es el jefe. Es un ganador. Lo sé pese a que a mí me ha tocado auxiliarlo cuando se siente débil.

—Me sentí culpable —digo para que no sienta remordimientos—. Asumí que fue a beber porque le aburría demasiado ir al concierto que le recomendé. El de los *hippies*.

—No —niega, sonriendo. La primera sonrisa del día—. Fue entretenido ver a Stephanie aburrida. Cuando se quejaba el tipo del asiento de al lado la callaba.

Me hubiera gustado ver eso.

Marco se mete en la boca las pastillas y bebe agua. «Ya no bebas tanto licor». Alguien toca la puerta, sin embargo, entra antes de ser autorizado. Cualquiera de nosotros, los empleados normales y terrenales, recibiría una llamada de atención por hacer eso, pero esta vez es...

—Marco, hoy vine temprano —entra, coqueta, Nicole.

—Como debes hacer siempre —gruñe él.

—Por supuesto. —Lame sus labios. ¿Cómo puede tener esa actitud tan temprano?—. Te quería platicar sobre DCB.

—¿Ya los contactaste?

Nicole, a diferencia de mí y la mayoría de aquí, sí viste a la moda. Por eso destaca y eclipsa a cualquiera. Y, claro, me mira sobre el hombro en cada oportunidad que tiene.

—Ya puedes retirarte —rumia con mala cara. Después se vuelve hacia Marco—. Estoy en eso.

—Bien. Comentémoslo entonces.

—Yo me retiro, señor —digo, pidiendo permiso a mi verdadero y único jefe. «Ojalá pudiera golpear a Nicolasa».

—Sí. Sí. Gracias, Vanesa. —responde Marco—. Y toma de la tarjeta el pago por lo del concierto y lo del taxi de anoche.

—Sí, señor.

—¿Tarjeta? —pregunta, curiosa.

«¡No es asunto tuyo!».

—Le di una tarjeta de crédito para que costee algunos de mis gastos personales —explica Marco sin dar mucha importancia.

—¿Le entregaste una tarjeta? —Nicole esboza una mueca ridícula—. ¿Y ya revisaste tus estados de cuenta?

«¡¿Qué?!».

—Nicole... —Marco la mira, molesto.

—Tú no la conoces.

—Es mi asistente.

—Y tiene una tarjeta de crédito tuya.

Esto es demasiado incómodo y molesto para mí, por lo que me apresuro a dejarlos solos. «¡Púdrete, Nicole!».

Mis ojos pican. No sé qué más le diré, pero no quiero oír. No si él demuestra tener dudas sobre si yo le robaría.

—¿Estás bien? —me pregunta Gloria al verme salir del despacho del jefe. Se ve preocupada. Rayos, ¿qué tan mal me veré?—. ¿Vanesa?

No digo nada y me apresuro a caminar hacia el cuarto de baño. Quiero estar sola. «¿Pensaré que soy una ladrona?».

Me encierro en un cubículo y lloro. No solo por lo de la tarjeta. Lloro por todo. ¿Por qué tenía que enamorarme de un hombre como él?

Después miro mi rostro en el tocador y me sincero conmigo misma. No soy poco agraciada, al contrario, he tenido suerte con mi físico. Muchos *inclusive* dicen que soy guapa. Entonces ¿cuál es mi problema con él? ¿Que conoce a mujeres muchísimo más atractivas que yo? Porque yo puedo ser atractiva para el hombre común, pero para él, asumo, soy una cara bonita del montón.

No soy nadie comparada con Nicole. O ese considero yo que es el problema, cuando me he esmerado, y mucho, en agradarle; y, aun así, no consigo más que seguir siendo su asistente. Me limpio una nueva lágrima. ¡Faltaba más! ¡Qué estoy haciendo! Nunca dudé de mis atributos, hasta que conocí a Marco. Antes de él me sentía segura y, desde luego, de ninguna manera había caminado sobre arenas movedizas en el tema «hombres». Jamás había lidiado con algo que doliera tanto.

«Ánimo, Vanesa».

El resto del día me encargo de mis tareas y evito a Gloria. Ahora que leyó mi novela y tiene más claro qué tan intenso es lo que siento por Marco temo que me juzgue con severidad, o, peor, le dé pena ajena.

En Grupo M el ambiente es el de siempre: trabajo acumulado, debates sobre clientes, chismes de pasillo, hablar mal de Nicole y echar a perder algo en el ordenador, pero tarde o temprano Charlie viene a auxiliarnos. Al menos con lo último.

—Tienes que dejar de hablar mal del jefe —le digo en lo que termina de revisar el nuevo aparato averiado—. Ya sabe que lo haces, pero alguien podría decirle también que distribuyes *memes* sobre él.

—¿Cómo?

—Lo que oíste.

—Malditos chismosos —gruñe Charlie.

Tanto el físico como su actitud es similar al de un crío de quince años, con acné y todo, pero es simpático. Es de los pocos en Grupo M con los que me llevo bien, por eso me cuenta chistes.

—Tal vez alguien dijo algo sin querer —justifico. Será mejor que no sepa que la chismosa fui yo.

—No he dicho nada que alguien más no diga —asegura—: Maldonado hijo no da la talla. La empresa iba mejor cuando su padre estaba a cargo.

—Charlie...

—Le quedaron grandes los zapatos.

Al mismo tiempo que dice esto, Marco sale de su despacho para hacer su camino hacia el elevador; no obstante, para llegar allí debe pasar a un costado de donde estamos, pero Charlie está demasiado entretenido revisando el ordenador averiado como para poder notarlo.

Intento callarlo, pero Marco ya me está mirando y temo que lea mis labios.

—Un día meterá la pata, en serio —continúa. Yo intento jalarlo de la camisa como señal de advertencia.

Pero es tarde. Marco está a menos de un metro de distancia de nosotros y Charlie sigue hablando:

—No lo defiendas, Vanesa. Marco Maldonado es un muñequito de pastel, un adorno, no un empresario —concluye, captando finalmente la atención del jefe.

«Mi mamá salvando vacas en medio del apocalipsis».

Más empleados que vieron a Marco escuchar a Charlie huyen por sus vidas. Yo también debería huir, pero tengo claro que, en parte, soy responsable.

—Carlos Muñoz, ¿no? —pregunta, acercándose a mi compañero.

Charlie, que aún está con la nariz metida en su trabajo y aborto de lo que está pasando, da un respingo cuando escucha la voz del jefe y prácticamente se hace pis cuando lo ve.

—Señor... sí... yo —balbucea.

—Usted, ¿qué? —pregunta, amenazante.

—Señor... yo...

Atraigo la mirada de Marco y niego con la cabeza, y de esa forma, en silencio, le vuelvo a suplicar que no lo eche. Eso no le haría ganar el respeto de los demás. Al contrario.

Marco frunce los labios, pero cede. Por fortuna, cede. Me hizo caso.

—Sigue con tu trabajo —se limita a decirle y continúa su camino. Hoy comerá fuera—. Igual, yo cuento mejores chistes. —Le escucho murmurar a lo lejos y sonrío.

Le vemos entrar en el elevador e irse.

—¡Eso estuvo cerca! —chilla Charlie cuando se siente a salvo.

—Ya no hables mal del jefe —insisto.

—¡Bah!

—¡Charlie!

Me evade volviendo a su trabajo.

—Vanessa tiene razón. —Escucho que dice alguien a lo lejos. Uno de tantos empleados asomando la cabeza para escuchar mejor. Así es Grupo M, nada que pase aquí es secreto.

—Ahora que salve tu culo me debes un favor —le digo a Charlie.

Resopla.

—¿Qué quieres?

—Creo que mi *tablet* tiene algún virus. —Esbozo una mueca de dolor.

—¿Otra vez?

—¡Charlie! —No es como si descargara porno.

—Está bien. Vamos.

Llegamos hasta mi bolso y saco el aparato.

—Revísala, por favor.

—Te aprovechas tanto de mí.

—Acabo de salvar tu feo culo —le recuerdo.

Y todo marcha bien, hasta que Gloria, que cuchicheaba con otra secretaria, corre, emocionada, hacia nosotros.

—¿También le dijiste de tu novela? —chilla, feliz, mirando a Charlie, luego a mí y después a la *tablet*.

«Oh, Dios, ella asumió que...»

—¿Qué novela? —pregunta él.

«¡Oh, mierda!».



El recuento de los daños: Por más que me negué a decirle la verdad a Charlie, buscó en mi historial de navegación y vio mi novela. Primero se echó a reír, leyó media hoja y prometió no decir nada a cambio de que lo convirtiera en uno de mis personajes «¡WTF!». Ah, y un personaje que tenga una relación romántica conmigo. Charlie quiere ser el cuarto o quinto en discordia entre Carlo y Valentina.

—No sé, podrías describirme como el hermano perdido de Tom Cruise —dice batiendo las pestañas, y sé que va en serio.

No asesiné a Gloria. Todavía no. Pero casi. *Casi*. Ahora solo me resta esperar a que Charlie cumpla su palabra de que no hablará. Por otro lado, más urgente aún, también debo enfrentar las posibles dudas de Marco.

Toco su puerta y, a diferencia de Nicole, entro solo cuando él me autoriza.

—Señor —digo.

—Adelante.

—Le traje el café de la tarde —anuncio llevando una bandeja conmigo.

Hoy, además, me tocó llevar a lavar su coche y recoger su ropa en la tintorería, aunque por lo general mi tarea es ser anfitriona de sus invitados.

Está ocupado revisando unos papeles. Hace menos de media hora tuvo una reunión. Siempre es una detrás de otra.

—Justo lo que necesitaba —dice echándole un vistazo al café.

Se ve menos cansado que hoy por la mañana. Incluso parece de mejor humor.

—¿Le fue bien en la reunión? —me atrevo a preguntar.

—De maravilla. —Me sonrío.

«Segunda sonrisa del día».

Lo felicito y espero. A la vez, le hago notar que necesito decirle algo.

—¿Qué pasa?

Saco una nota de mi bolsillo, la que escribí durante mi hora de la comida, y se la ofrezco.

—Le traje por escrito los pagos que he hecho con la tarjeta.

Primero parece confuso, pero no tarda en comprender a qué viene esto.

—Vanesa, yo no te pedí eso —dice, negándose a aceptarla.

No importa. Trato de poner mi cara más digna.

—Yo no hago mal uso de su tarjeta, señor.

—Vanesa, no tienes que aclararme eso.

—Me alegra que ya tenga con usted sus estados de cuenta.

—No me refiero a eso —niega, ofendido—. Confío en ti.

¿Confía en mí?

—Confío en ti —repite—, como mi padre también lo hacía.

Le sonrío, agradecida. Es bueno saber que el padre de Marco tiene una buena opinión de mí.

—Siéntate —me pide; tomo asiento en una de las sillas que normalmente ocupan los invitados—. El día que asumí la dirección de esta empresa. ¿Lo recuerdas? —pregunta y asiento—. Ese día mi padre me pidió muchas cosas, entre ellas respetar a su equipo de trabajo. Me habló bien de muchas personas, pero en especial me habló bien de ti y de Gloria —asegura, y eso no me lo esperaba—. ¿Cuánto tiempo llevabas trabajando para él cuando yo vine?

—Un año.

—Bien. ¿Y recuerdas el día que nos presentó?

De nuevo asiento. Ese día el señor Maldonado me llamó a su despacho para conocer a mi nuevo jefe: su hijo, Marco. Ese día nos enamoramos, digo..., me enamoré yo.

—Ese día. —Marco deja escapar una risa—. Ese primer día... te miré con cara de: «la quiero en mi cama». Mi padre se dio cuenta y cuando te giraste para servirme..., creo que era un vaso con agua, él, con discreción, se volvió hacia mí y me dijo: «Ni lo pienses. Es una buena asistente, y si te acuestas con ella perderá su trabajo, porque eres un cretino que no puede mezclar trabajo con relaciones personales... y Grupo M la perderá a ella». Y no lo olvido.

Me quedo de piedra y Marco ahora luce nervioso.

—Yo era un cretino antes de asumir la dirección de Grupo M, Vanesa. Aún lo soy un poco —admite. Yo, por otra parte, me estrujo las manos—. Pero tú fuiste mi primera responsabilidad. Mi padre me encargó no «joderte». Por eso, desde ese primer día me he repetido: «No intentes seducir a Vanesa». Y con el tiempo lo comprendí. Tú... —Se pone de pie y se vuelve hacia la ventana— eres una buena asistente. —Es como si le costara decirlo—. Eres leal, responsable, discreta... educada..., guardas tu distancia. —Me mira otra vez—. Eres *muy* capaz. Y a mí me ha costado mucho trabajo... Es decir, mírate..., eres hermosa. «No intentes seducir a Vanesa». Los primeros días repetí una y otra vez el mismo mantra, y fue difícil, pero con el tiempo comprendí lo importante que eres aquí y lo asumí. Asumí que no eres desechable. ¿Me estoy explicando?

Asiento otra vez, pero solo eso. No puedo pronunciar palabra.

—No es que yo esté dando por hecho que tú me hubieras hecho caso. No debo ser egocéntrico, pero si me hubiera encajado contigo —me advierte— no hubiera parado hasta... ya sabes. Incluso consideré la posibilidad de pedirte... —Repara en mis senos— no traer ropa ajustada. Pero de un vistazo

nadie se muere, ¿cierto? Aunque esto no es acoso sexual —aclara—. ¿Lo sientes como acoso? —Niego con la cabeza—. Yo... —Hace una mueca de exasperación y después pasa una mano por encima de su cabello. ¿Qué le pasa? ¿A qué viene esto?—. Eres un claro ejemplo de que mi padre tuvo razón. Eres buena en lo que haces y aún estás aquí... Yo también estoy aquí... aunque preguntándome por qué estoy diciendo todo esto. —Ahora se cubre la cara con las manos—. Estoy divagando mucho, ¿no crees?

Me mira como si yo debiera entender qué pasa, pero de nuevo asiento. Es lo único que puedo hacer... además de no poder cerrar la boca por completo.

—Lo que intento decir es que... —continúa, todavía mostrándose incómodo— ahora tengo claro que, de intentar acosarme contigo..., te perdería, y no quiero. ¿Dónde encuentro una mejor asistente? ¿Dónde encuentro...? Y con todo esto quiero decir que no me tienes que aclarar nada respecto a la tarjeta de crédito. Confío en ti, Vanesa —termina y asiento con la cabeza por enésima vez. ¿Todo eso fue para aclarar lo de la tarjeta?

Vuelve a ocupar su lugar y me mira como si esperase a que agregara algo a su confuso soliloquio, pero no puedo. Mis neuronas entraron en estado de hibernación.

—Tenemos una buena relación —continúa, ahora uniendo en pares las yemas de sus dedos—. Laboral, quiero decir... Tú. Yo. Gloria; que últimamente está rara, pero bueno, no importa... Sé que a veces me muestro frío, pero... —Así, se pone de pie otra vez. ¿Qué le pasa?—. Así es mejor. Ya sabes... entre tanto quehacer olvidarme de que... —Deja la frase en el aire y coge sus cosas: saco, teléfono móvil, llaves—. Tengo que irme —dice, todavía nervioso—. Quedé en cenar con papá. —«Oh, no», pienso—. Pero no te preocupes, mamá también estará. Habrá paz.

«Al menos tiene claro que me preocupa».

Y sale con rapidez de su despacho, dejándome allí sola... y confundida. Aunque no importa. Mi sistema necesita tiempo, soy un ordenador reiniciándose.

De todos modos, no han pasado ni diez segundos cuando regresa.

—Vanesa —dice desde la puerta. Lo miro, pero continúo en silencio—, no me hagas caso. Estoy nervioso por la cena con mi padre. —Puedo entrever que dice la verdad porque aún luce inquieto—. Me preguntará cómo va todo y... también suele preguntar por ti. Y quiero pensar que lo hago lo mejor que puedo. Porque te trato bien, ¿cierto?

Con su mirada me ruega una respuesta.

«Aunque a veces me ignoras».

Asiento. A estas alturas, de tanto asentir con la cabeza debo parecer uno de esos perros de juguete que colocan sobre el tablero de un coche.

—Bien —continúa y se gira sobre sus pies para marcharse de nuevo—. Te veo luego.

Y esta vez sí se marcha.

Yo intento ponerme de pie, pero no puedo. Me siento como si estuviera hecha de gelatina.

¿Qué, en el infierno, fue todo eso?

**Sigue leyendo esta historia
en tu formato favorito**

